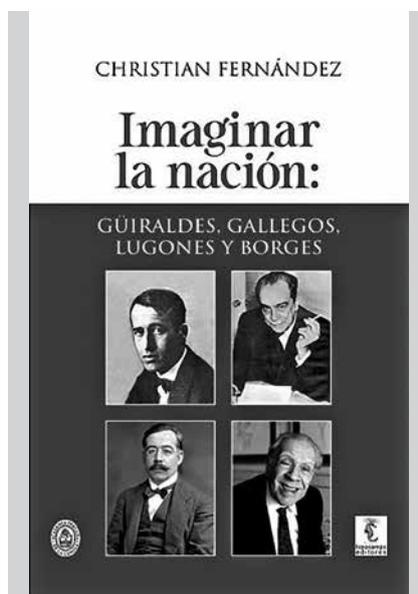


Imaginar la nación: mitos y paradojas

MARIO SUÁREZ SIMICH

Fueron los escritores del *boom*, en especial Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes, quienes desde el ejercicio de la crítica acuñaron, para las primeras novelas latinoamericanas, también conocidas como “de la tierra”, la denominación de “novela primitiva”. De esta manera, relegaban a sus antecesores e intentaban centrar la atención de los especialistas en la novelística que los narradores del *boom* estaban produciendo en ese momento. La estrategia surtió efecto durante un buen tiempo, hasta que el post *boom*, la novela *light*, de autoficción o las escritas por mujeres formaron un corpus que obligó a la crítica a hacer una lectura en “retrospectiva” para intentar comprobar hasta qué punto lo primitivo resultaba ser fundacional. Es sobre esta premisa que Christian Fernández, profesor de literatura y culturas latinoamericanas en Louisiana State University, analiza la manera en que el concepto de nación va surgiendo, mutando y/o transformándose, en su libro *Imaginar la nación: Güiraldes, Gallegos, Lugones y Borges* (2020).

A diferencia de los románticos europeos que al pie de las ruinas de sus castillos o en la reinvencción de antiguas leyendas o crónicas medioevales fueron destilando la idea de nación, la obra de estos cuatro escritores, tres argentinos y un venezolano, se gestó en un contexto aún marcado por la dicotomía “civilización y barbarie” planteado en el *Facundo* del también argentino Domingo F. Sarmiento; a esto, habría que agregar que tanto Argentina como Venezuela, si bien tuvieron poblaciones indígenas originarias, estas no dejaron el legado de una gran civilización, ni un proceso de mestizaje lanzado hacia el futuro —como en Perú o México— que llevara a plantear a sus intelectuales incluir ese pasado en el concepto de nación que se gestaba en la América Latina de las primeras décadas de siglo pasado. Como señala Fernández para *Doña Bárbara*, la novela es una vuelta de tuerca al binomio de Sarmiento y que, mientras este plantea la extirpación de la barbarie, Gallegos propone como alternativa transformarla mediante la educación. Carentes de otro escenario, es la pampa, el llano, la región, la tierra como naturaleza en última instancia, el marco donde se habrá de buscar o inventar la nación.



Imaginar la nación: Güiraldes, Gallegos, Lugones y Borges

Christian Fernández
Hipopampo Editores, Academia Peruana de la Lengua
Lima, 2020
155 pp.

De manera acertada el autor rastrea desde el *Gaucha Martín Fierro*, *El Payador* de Lugones y en la obra de Borges la manera cómo “se han aprovechado de la historia para naturalizarla y convertirla en mito de suerte que pueda ser utilizada como símbolo de la nación” (p. 33). Esto, en lo referente a la literatura gauchesca. Para el caso de *Doña Bárbara*, el autor rastrea la transformación del mito en un análisis comparativo con *La Coronela*, primera versión de la novela que Rómulo Gallegos empezó a imprimir a inicios de 1928, impresión que detuvo para destruir y de la que se pensaba no existían ejemplares. En ese proceso de reescritura y reformulación hasta la versión final, marcada con una profunda carga simbólica, Fernández remarca la relación entre los personajes Santos y Marisela y encuentra en ella la propuesta por la educación de Gallegos, la cual no estaría dirigida a Bárbara como personaje asentado en la barbarie tanto tiempo que resulta imposible de “civilizar”. La opción está en el deseo de aprender la

permeabilidad que la juventud, representada por Marisela, ofrece, y en el ímpetu pedagógico de Santos.

Resulta interesante la manera en que el autor va rastreando, en los artículos y en la primera narrativa de Borges su posición frente al proceso de los intelectuales argentinos sobre la gauchesca y el criollismo, y su estrecha relación con Güiraldes; a pesar que el primero siempre restó importancia a las opiniones vertidas en su época juvenil sobre el tema, que se dieron en lo que consideraba “su edad de piedra” en el sentido que le dio José Carlos Mariátegui. A pesar de esta reticencia, Fernández encuentra en textos como *Luna de enfrente* (1925), *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Inquisiciones* (1925) y *El tamaño de mi esperanza* (1926) pruebas de una participación y un aporte en la creación y construcción de una imagen de lo nacional argentino y señala: “... si estudiamos la obra de Borges en su conjunto podremos notar que él nunca rechazó los temas de la gauchesca y el criollismo, ni en su juventud ni en su vejez, lo que él rechazó es alguna forma de representación de la realidad en la que se empeñaban algunos escritores de esta tendencia” (pp. 89-90).

Incluso, las críticas iniciales de Borges a la obra de Lugones que a lo largo de los años se va a ir transformando en una revalorización del poeta y de su trabajo, analizado en el capítulo final del libro, son una prueba de que este nunca estuvo en contra de esas tendencias.

Mucha de la literatura de fines del siglo XIX y de las primeras décadas del XX en América Latina sigue aún sin ser “descubiertas” y analizadas en su conjunto. Parte de ella sigue inédita o sus primeras y únicas ediciones olvidadas en las estanterías de las bibliotecas nacionales; también, en el caso de la narrativa, perdidas en los periódicos que la publicaron por entregas. Hoy, resulta imprescindible volver a esas primeras fuentes para buscar en ellas el carácter inicial, los elementos que la gestaron y la intención “fundacional” de nuestros primeros escritores. En ese sentido, *Imaginar la nación*, de Christian Fernández, es un acierto y un valioso aporte intelectual.